

LAS REPRESENTACIONES MATERNAS

La relación que una madre establece con el hijo, tiene su génesis en la propia historia vincular de la madre con sus cuidadores significativos, teniendo sus experiencias tempranas y de relación posterior una incidencia importante al momento de ejercer la maternidad desde el embarazo. En este sentido diversos enfoques y estudios que tienen como base la teoría de apego, han explicado este fenómeno desde los “Modelos Internos de Trabajo” (Internal Working Models) propuestos por Bowlby (1969) y que se definen esencialmente como representaciones, mapas cognitivos, esquemas o guiones que un individuo tiene de sí mismo y de su entorno.

Los Modelos Internos de Trabajo

Estos modelos pueden ser desde constructos muy elementales hasta entidades muy complejas, que abarcan cualquier cosa que pueda ser objeto de conocimiento o representación psíquica, posibilitando la organización de la experiencia subjetiva y cognitiva y la conducta adaptativa (Marrone, 2001). Según Bowlby (1973) desde la teoría del apego:

“Cada individuo construye en su interior modelos operativos del mundo y de sí mismo y, con su ayuda, percibe los acontecimientos, prevé el futuro y construye sus planes. En el modelo operativo del mundo que cualquiera construye, una característica clave es su idea de quienes son sus figuras de apego, dónde puede encontrarlas, y cómo puede esperar que respondan. De forma similar, en el modelo operativo de sí mismo, una característica clave es la noción de cuán aceptable o inaceptable aparece ante los ojos de sus figuras de apego” (pág 203).

En este sentido Marrone (2001) comenta que los Modelos Internos de Trabajo comienzan a formarse en los primeros meses de vida y continúan siendo interpretados y remodelados a lo largo de todo el ciclo vital. Al respecto, Lecannelier en la segunda parte de su libro Apego e Intersubjetividad (2009), realiza una excelente descripción de las características básicas que distintos autores (Bowlby, 1969; Bretherton, Ridgeway & Cassidy, 1990; Thomson, 1999) han referido sobre los MIT, señalando en primer lugar que son esencialmente **“modelos epistémicos”** al constituirse como modelos de conocimiento sobre el sí mismo, los otros, la realidad, y el tiempo en relación al pasado, presente y futuro. También refiere que los MIT poseen una **“complementariedad sí mismo/otros”**, ya que una parte importante de los modelos se desarrollan en el contexto relacional del sujeto con los otros, y en el caso específico de la figura de apego todo conocimiento y expectativas que un individuo realiza sobre ella se complementa a su vez con una visión de sí mismo. Por otra parte, comenta que **poseen una dinámica de funcionamiento acorde a la etapa ontogénica del individuo**, que le posibilita relacionarse con su figura de apego de acuerdo a su desarrollo y destrezas madurativas. También señala que los MIT se caracterizan porque **operan bajo procesos defensivos de exclusión de la información**, en

donde diversos sistemas de memoria participan: memoria procedural, semántica y episódica, en la que si dos o más modelos representacionales de apego se encuentran en conflicto entonces se excluye información para autoprotegerse y mantener una consistencia vincular con las figuras de apego. Por último señala que los MIT **operan de acuerdo a procesos que oscilan entre la continuidad y la discontinuidad**, siendo rasgos de la continuidad los que permiten anticipar y conocer el mundo para poder integrar los sucesos nuevos, los que se rigen por la regla de la automatización de la experiencia, y son forjados a través de patrones de conducta de las figuras de apego que tienden a repetirse y ser estables en el tiempo; y rasgos de discontinuidad en el que los MIT están constantemente actualizándose a través de las nuevas experiencias con una finalidad adaptativa, siendo más flexibles en etapas tempranas que en las posteriores. En este sentido, se han realizado una serie de investigaciones (Rutter, Quinton y Hill, 1990; Van Ijzendoorn, MH., Bakermans-Kranenburg, MJ., 1996; Waters, E., Hamilton, C., Weinfield, N., 2000) que apuntan a observar los períodos críticos y factores facilitadores tanto de la modificación como de la permanencia de los MIT, obteniendo como resultado que en la infancia y adolescencia -a diferencia de la edad adulta- existe una mayor probabilidad de que cambie el tipo de apego, no obstante el contexto y las circunstancias (ya sean estables o cambiantes: divorcio, pérdidas, traumas, etc.) en que se desarrollen las relaciones de apego tienen un importante incidencia en este asunto. En definitiva, los primeros años pueden marcar las representaciones posteriores de apego si las circunstancias se mantienen estables, aunque no son determinantes (Cantón, 2000).

Como una prueba empírica que demuestra lo expuesto, Benoit y Parker (1994) realizaron una investigación en una muestra de 96 madres a quienes administraron la entrevista de apego adulto (AAI) para observar sus representaciones de apego en dos ocasiones, la primera vez durante el último mes de embarazo y la segunda vez entre las dos y cuatro semanas antes de aplicar la Situación Extraña al hijo, obteniendo como resultado que un 90% de las clasificaciones del apego se mantenían estables, especialmente la de apego autónomo, siendo cuatro veces mayor la probabilidad de que las clasificaciones inseguras experimentaran cambios, mostrando una sólida prueba empírica de que los modelos de trabajo interno tienden a estabilizarse y a perpetuarse a través de las generaciones frente a ciertas circunstancias (estabilidad transgeneracional), observándose que el 65% de las tríadas abuela-madre-niño presentaban el mismo patrón de apego (Cantón, 2000). En este sentido, la representación mental (expresada verbalmente) que tienen los padres sobre sus experiencias de apego durante la infancia influye en gran medida en la calidad del apego del hijo, transmitiéndose un estado de la mente o representación mental que se comunica al niño por medio de conductas de crianza -especialmente a través de respuestas a eventos estresantes cuando se activa el sistema de apego- construyendo el adulto que se convierte en padre representaciones sobre el niño y su crianza, de tal forma que así como los niños elaboran representaciones del cuidador, los padres lo hacen sobre el hijo, de manera que estos modelos internos determinan el acceso a ciertos tipos de pensamiento y sentimientos relacionados con el niño y -probablemente- guían las expectativas y conductas de los padres en sus relaciones con él (Cantón, 2000) desde el embarazo (Stern, 1995; Amanniti, 1998).

En síntesis, la capacidad de la madre para elaborar una representación coherente, positiva y flexible sobre la relación con el hijo tiene que ver con la representación de sus propias experiencias tempranas de apego.

Representaciones Maternas durante el Embarazo

Durante el período perinatal en la madre se producen grandes cambios a nivel fisiológico pero también psicológico (Raphael-Leff 1991), considerándose una etapa importante en la emergente relación madre-bebé, ya que las representaciones sobre la maternidad y el bebé comienzan a activarse fuertemente en el embarazo. Estas representaciones están influenciadas por la propia experiencia de apego de la madre e incluye los recuerdos de sus relaciones tempranas, de sus fantasías, anhelos, miedos, tradiciones familiares mitos y la experiencia personal (Stern, 1995). También es un período de reestructuración, transición y crisis maduracional, asociado a una alteración importante del patrón de vida que se llevaba y que causará cambios irreversibles en la vida personal, de pareja, familiar y social, por lo que se debe crear un espacio psicológico adecuado para este bebé (Lis, 1997).

Las representaciones maternas durante el embarazo y crianza del hijo, tienen su sustrato en las experiencias de la mujer con sus cuidadores y figuras de apego significativas –como ya ha sido expuesto- a través de las cuales se configuran en su mente “**modelos de estar con**”, posibilitando en la mente de la mujer embarazada el desarrollo de la representación del hijo, la representación o imagen de sí misma como madre, de su pareja como padre y de su propia madre como cuidadora en su niñez; debiendo responder a la tarea de reestructurar y reorganizar algunos de estos esquemas cognitivos, modelos, o representaciones, en pos de la relación con su futuro bebé y de la integración del rol materno en su identidad y mundo relacional. Estos modelos de “estar con” han sido referidos y descritos principalmente por Daniel Stern (1995) de la siguiente forma:

- **Modelos sobre el Niño:** Comprenden las representaciones del hijo, en tanto pertenece a ella como madre y a su pareja como padre (características genéticas constituyentes), incluyendo la predicción de lo que será el bebé en etapas posteriores, considerando al bebé como persona con su propia personalidad y carácter, incluyendo la historia de representación prenatal que continuará hasta el resto de la vida del hijo.
- **Modelos sobre sí misma como madre:** Desde el embarazo y con el nacimiento del bebé se producen algunos cambios en una serie de aspectos constituyentes de la identidad de la mujer, debiendo evaluar, cuestionar y reorganizar creencias, intereses, gustos, conductas, hábitos o costumbres hasta poder integrar el rol materno en su identidad y autorrepresentación. Durante algún tiempo, estos cambios deberán readaptarse constantemente a la realidad de la vida diaria con el bebé, hasta “transformarse en madre” y autodefinirse como tal, teniendo claridad de los aspectos continuos en la configuración del sí mismo y sobre aquellos que se incorporaron enriqueciendo su autoconcepto a partir de la nueva experiencia de

ser madre. Uno de los tantos cambios que se producen es el hecho de que pasa de ser hija a ser madre de su hijo, cambiando su mundo representativo de forma irreversible.

- **Modelos sobre el padre:** Se produce el paso de una pareja a una tríada. La pareja debe abrirse a la incorporación de este bebe, lo que puede generar conflictos o ser representado como un nexo marital, incorporando el sistema marital al bebe como “amante” (incondicional), como una amenaza para la pareja, como un regalo de la mujer al hombre. Del mismo modo, la llegada del bebé altera la red de modelos o representaciones de la madre sobre su pareja en tanto que padre, amante, marido, hombre, etc., corriendo el riesgo de “triarizar” a su compañero. Se ha observado que en la medida que avanza el embarazo, las representaciones de su pareja en tanto que persona, compañero y padre potencial se vuelven generalmente más positivas.
- **Modelos sobre su propia madre:** probablemente comience una revaloración de su propia madre consiente o inconscientemente. Aparecen representaciones nuevas o más elaboradas sobre la propia madre, que respalda el concepto de la influencia del efecto intergeneracional, sino que también sugiere el tipo de representación actual de la madre sobre su propia madre cuando esta desempeñaba este rol, lo que puede ser el único y mejor indicador de modelo de relación de apego que la nueva madre establecerá con su hijo a los 12 meses (Fonagy, 1991). El aspecto de la representación de la madre sobre su propia madre que mejor indica la futura conducta materna no es la calidad de su experiencia pasada, sino cómo piensa y habla actualmente de su propia madre. La narración de la historia pasada puede ser más importante que la propia historia pasada, convirtiéndose en una exposición de la representación, de este modo la coherencia narrativa pesa más que la verdad histórica.

El espacio psíquico que la mujer va haciendo para integrar la experiencia de la maternidad y a la persona del bebé a través de estas representaciones maternas, se va configurando por medio de una serie de procesos entre los cuales se encuentran **las fases maduracionales del embarazo** planteadas por Joan Raphael Leff (1991,1993), quien señala que estas fases se definen por las experiencias subjetivas desde el comienzo del embarazo, dividiéndolas en cuatro fases: la primera fase dura hasta que se sienten los movimientos fetales por la madre y es cuando la madre esta más preocupada de sus propios cambios físicos y pueden activarse viejos conflictos en relación a su madre. La segunda fase termina con la creencia de que si el niño nace en ese minuto el podría mantenerse con vida, aquí la madre esta preocupada del embarazo propiamente tal más que del bebé. En la tercera fase la madre se prepara consiente e inconscientemente para el infante y su nacimiento, en su mente el bebé imaginado va dando cada vez más paso al bebé real. La cuarta fase comienza con el parto y nacimiento del bebé (Raphael Leff 1991,1993).

Otro aspecto importante que ocurre durante el embarazo y que media el surgimiento de las representaciones maternas es el **progresivo desarrollo y percepción de los movimientos fetales**, que fisiológicamente comienzan después de las 20 semanas de gestación. Los movimientos fetales varían en intensidad desde suaves movimientos en un comienzo a fuertes movimientos posteriores siendo incluso visibles (Cunnigham, 2001). Las representaciones son escasas e inespecíficas antes de los cuatro meses de gestación, pero con el comienzo de los movimientos fetales la realidad de la existencia del futuro bebé se hace palpable e imperiosa. Entre el cuarto y séptimo mes de gestación se produce un rápido crecimiento de la riqueza, la cantidad y la especificidad de las redes de modelos sobre el futuro bebé, las que llegan a su punto culmine hacia el séptimo mes, produciéndose una anulación de las representaciones durante el séptimo y noveno mes, las que decrecen y se diluyen volviéndose menos específicas y menos ricas, la madre renuncia a sus representaciones más positivas para evitar desilusiones o hacer inconscientes las representaciones negativas a temores de deformación y muerte, hipotetizándose de que es un mecanismo con el que las madres protegen al futuro bebé de una discordancia potencial entre el bebé real que está por nacer y un bebé representado con demasiada especificidad, intentando liberar del paso la situación real que acontece con el nacimiento. La madre ajusta su mundo representacional a fin de crear un espacio mental constructivo para las representaciones futuras (Stern, 1995). Por otro lado el uso de la ultrasonografía transvaginal ha revolucionado la **imaginología del embarazo precoz**, siendo capaz de evidenciar el saco gestacional desde las 4-5 semanas de retraso menstrual y mostrar los latidos cardiacos desde la 6° semana (Cunningham, 2001). Por esto mismo, se ha visto que la ecografía también pudiera ayudar reconocer tempranamente el embarazo y con esto ayudar a explicar también la aparición las representaciones maternas prenatales (Righetti, 2005).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ammaniti, M. Tambelli, R. Peruccini, P. (1998). From pregnancy to the postnatal period: stability and changes of the factorial structure of maternal representations. Unpublished manuscript.
- Benoit D, Parker KC. (1994). Stability and transmission of attachment across three generations. *Child Development*. 1994 Oct;65(5):1444-56.
- Bowlby, J. (1969). Attachment and loss: Vol. 1. *Attachment*. New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). Attachment and loss: Vol. 2. Separation, anxiety and anger. New York: Basic Books.
- Cantón J; Cortés M. (2000) El apego del niño a sus cuidadores. Editorial Alianza, S.A. Madrid.

- Cunningham, G., Gant, N., Leveno, K., Gilstrap, L., Hauth, J., Wendstrom, K. (2001). Williams obstetrics 21th. Chapter 2: Pregnancy overview, organization, and diagnosis. Ed. McGraw-Hill.
- Fonagy, P., Steele, H., Steele, M. (1991). Maternal representations of attachment during pregnancy predict the organization of infant-mother attachment at one year of age. *Child development*. 62, 891-905.
- Lecannelier, F. (2009). Apego e Intersubjetividad. Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental. Segunda parte: la teoría del apego. Ed. LOM. Santiago de Chile.
- Lis, A., Zennaro, A. (1997). A semistructured interview with parents-to-be used during pregnancy: preliminary data. *Infant Mental Health Journal*. Vol18 (3), 306-323.
- Marrone, M. (2001). La Teoría del Apego. Un enfoque actual. Editorial Psimática. Madrid, España.
- Raphael-Leff, J. (1991). Psychological processes of childbearing. London: Chapman and Hall.
- Raphael-Leff, J. (1993). Pregnancy. The inside story London: Sheldon press.
- Righetti, P., Dell'Avanzo, M., Grigio, M., Nicolini, U. (2005). Maternal/paternal antenatal attachment and fourth-dimensional ultrasound technique: a preliminary report. *Br J Psychol*. 96 (1), 129-37.
- Rutter, M., Quinton, D. y Hill, J. (1990). Adult outcome of institution-reared children: males and females compared. En L.N. Robins y M. Rutter (eds.). Straight and devious pathways from childhood to adulthood. Cambridge, England, Cambridge University Press. 135-157.
- Stern, D. (1995). The motherhood constellation. A unified view of parent-infant psychotherapy. New York: Basis Books.
- Van Ijzendoorn, M.H., Bakermans-Kranenburg, M.J. (1996) Attachment Representations in Mothers, Fathers, Adolescents, and Clinical Groups: A Meta-Analytic Search for Normative Data. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. February 1996 Vol. 64, No. 1, 8-21
- Waters, E., Hamilton, C., Weinfield, N. (2000). The Stability of Attachment Security from Infancy to Adolescence and Early Adulthood: General Introduction. *Child Development*, May/June 2000, Volume 71, Number 3, Pages 678-683